

(Porque lo inesperado se repite y los milagros son cotidianos y están a nuestro alcance. Como el sol y la espiga y la ola y el fruto: basta abrir bien los ojos)

Octavio Paz

Dejad que se oiga la fantasía con todos sus coros, razón, inteligencia, sentimiento y pasión: mas, advertidlo bien: no olvidéis la locura.

Goethe

para Mónica, el milagro cotidiano.

Copyright: Editorial SIGNOS
Copyright: Sergio Capurro
Primera Edición 1992.
Impreso en Uruguay - Printed in Uruguay
Diseño de Carátula: Mónica Nicolielo

EL MAR DE PESADAS OLAS

Aldo la veía asomando entre el mar de pesadas olas, escurriendo su cuerpo mojado y clavándole esos ojos verdes que no se cerraban nunca, que poco a poco iban dejando de ser una imagen estática. Similar a un cuadro que se mantenía suspendido en los sueños de Aldo y había empezado a hacerse real con la irrupción de Wanda.

En el Civil, Aldo ya se quejaba de sentir el ruido devorador del mar y la presencia de su madre, oculta entre las personas que lo saludaban y le impedían el paso. Como le sucedió cuando la vio tendida en la orilla y alguna lo levantó y se lo llevó para que no la mirara.

Ella seguía presente cada noche, repitiendo la torturante escena que Aldo intentaba rechazar abrazándose a Wanda, entre sábanas revueltas, esperando encontrar en la tibieza de su mujer la manera de borrar aquel frío que lo erizaba después del baño. No alcanzaba con un pijama y frazadas, ese frío era de haber cido en el puesto de socorro los comentarios sobre la desgracia que lo embargaba. Nadie imaginaba lo que el tiempo fue inflando poco a poco, e hizo estallar como una ola cuando conoció a Wanda.

Lo primero fue sentir los pantalones húmedos durante la primera visita. Aldo miró hacia sus piernas y creyó estar sumergido hasta la

cintura. Cuando el padre se levantó de la mesa a buscar otra cerveza y la madre trataba de encontrar un álbum familiar, le dijo a Wanda que ya se había hecho tarde y tenía que irse. Al ponerse de pie, trató de esconderse tras el respaldo de la silla, hasta que pudo enfilar hacia la puerta de calle repitiendo la excusa que empezó a preocupar a Wanda.

Siempre que salían, Aldo volvía a sentir aquella desesperación, que lo hizo ponerse a llorar junto a la orilla, al ver que su madre no aparecía. Desesperado, tomaba un taxi para llegar a la rambla y arrojarlo al mar para salvarla. La fuerza del mar y los poderosos ojos verdes de su madre cada vez se revolvían con más saña dentro de sí. No había calma en su relación con Wanda y tuvo que decirse, explicarle que su madre volvía a agitar el mar con la misma furia de aquel día, y a clavarle la mirada utilizada cuando hacía algo indebido. Wanda aceptó la explicación y la reprochó no habérselo dicho antes. Hablaron una noche sobre el tema y dejó destilar la dirección de un analista muy bueno que había atendido a una amiga.

El día de ir al analista Aldo se puso su mejor traje, buscó una corbata a tono y le pidió a Wanda que le hiciera el nudo. Bajó entusiasmado la escalera de su casa, cerró la puerta con llave y caminó por una calle empinada, bordada por un hilo de agua espeso y torrentoso. Hacía calor pero Aldo empezó a sentir un frío húmedo que le erizaba la piel, el cielo se cubrió rápidamente de nubes tormen-

tosas, que corrían apresuradas de un lado para otro. Apuró el paso pensando que se descolgaría un aguacero, pero sólo notó el ensanchamiento del hilo de agua que cada vez se ponía más oscuro y caudaloso. Al llegar a la esquina, decidió tomar un ómnibus, presintiendo que aquello iba a terminar devorándolo como antes lo había hecho el mar con su madre y con él, si aquel hombre no se metía a sacarlo de un brazo y llevarlo a la orilla.

Arrodillado en la vereda, el calor le pegó la camisa al cuerpo y le mojó la frente. Miró a su alrededor y se dio cuenta que estaba en otro barrio, en un lugar que dejaba muy abajo su casa y sus temores.

"¿Se siente bien señor?" le preguntó un viejo delgado, mientras lo tomaba de un brazo para ayudarlo a levantarse. Para Aldo, ese viejo ahuyentaba con su sonrisa la mirada de su madre que pretendía llevarlo calle abajo por el hilo de agua. Le preguntó la dirección del analista y éste sin dejar de sonreírle le señaló la vereda de enfrente. El viejo pensaba lo bien que el haría el analista a Aldo, porque no es normal subir esa calle corriendo y gritando acerca de un torrente de agua que se le venía encima y de unos ojos verdes que pretendían hundirlo.

Aldo agradeció el dato y cruzó la calle acomodándose el saco y los pantalones. Al tocar el timbre, se acarició la corbata con la otra mano y pensó en su mujer, hasta que la secretaria le abrió la puerta y lo condujo a una sala luminosa y tranquila.

El analista lo esperaba sentado en un sillón, le tendió la mano y le indicó el diván. Aldo se recostó confiado, miró los estantes y el escritorio en orden y empezó a buscar a su madre en los recuerdos. La encontró sonriente, vestida con una salida de baño y con un bolso preparado para ir unos días a la playa. Ella siempre lo llevaba a la orilla, jugaban con la arena y corrían sacándose el feto del último baño, entrando en una tibieza que ahora no aceptaría confundirse con el cuerpo suave y perfumado de Wanda.

De a poco, llegaron al día del mar de pesadas olas, de ese mar que ella perforó recordando sus dos campeonatos de natación. Aquella ola inmensa manió su cuerpo y lo hundió en la negrura.

La sala perdía claridad. Aldo creyó recordar un alboroto de personas desconocidas que corrían en dirección a la orilla. Él lloraba a un costado, mientras todos trataban de encontrar algún pedazo de su madre flotando y así dar la alarma.

Las olas rompían contra la orilla y se reñaban burlescamente, invitándolo a buscarla, entre su gusto salobre y su color negro. Sólo había que animarse, respirar hondo y entrar corriendo para no sentir el frío y el miedo que todo lo echan a perder, conservar la calma y dar las brazadas como su madre le había enseñado, mantener un ritmo en la respiración y no dejar de mover los pies, porque si no, el cansancio lo envolvería pronto, arrastrándolo al fondo. Aunque de nada sirviera, porque

igual el gusto salobre se empezaba a sentir en la boca, en la nariz, en los oídos... Una sensación que lo abarcaba y empezaba a prepararlo para el fondo negro, para encontrarse con su madre y dejar de jugar en la orilla. Ya casi era imposible desprenderse, un cordón de sal se enroscaba en su cuerpo y lo mantenía en suspenso acercándolo al final.

Era la posibilidad de terminar de una vez con la falta de aire y la tos... Sin embargo, valía la pena seguir pateando y levantar los brazos a la superficie, tomarse con fuerza de aquel brazo que apareció entre sus manos y le apretó una muñeca para hacerlo respirar sin dificultad. Cuando Aldo estuvo en la orilla, dos salvavidas se arrojaron al mar y la buscaron hasta que atardeció y las olas se tornaron más negras y pesadas. Recién al día siguiente la encontraron, flotando boca abajo y cubierta de basura.

Para ese entonces la sala había recuperado su claridad y el analista se puso furioso, al ver el desorden en los estantes y en el escritorio. Le dijo a Aldo que se fuera, llamó a la secretaria, que estaba mojada y pálida de asombro y le ordenó que le diera la dirección de otro analista. La secretaria sacó de su fichero cubierto con restos de espuma una tarjeta y se la extendió con miedo. El analista ya se había desentendido del asunto y acomodaba de mala gana sus libros y papeles desparramados entre charcos de agua. Aldo tomó la tarjeta y agradeció con tristeza. Saló del consultorio y cruzó la calle, pensando que el

único remedio era abrazarse a Wanda y dejar que las olas estallaran con fuerza contra la pared del dormitorio. En la otra vereda, veía a su madre, en medio de las olas que se lanzaban sobre él; la miró a los ojos y se despidió de Wanda.



EL ELEGIDO

No me asusta el aspecto que va tomando la casa. Está casi vacía, apenas quedan algunas cajas inútiles y el colchón con las viejas sábanas donde duermo. Si se pareciera a las cavernas, empleadas por los ermitaños, sería mejor, nada más adecuado para mi extremada penitencia.

Las últimas cosas de valor, las vendí la semana pasada, con ellas pude pagar las cuotas del mes vencido; por esta vez no necesitaré pedir prestado para comer. Presiento que la espera pronto se terminará; pero esta nueva fe, de la cual yo soy el único iniciado, exige estar preparado para enfrentar cualquier contratiempo. Desde ayer, estuve probando una forma de alimentación a base de uñas y pelos, y creo que pronto estaré en condiciones de recurrir a esta dieta en caso de necesidad. No hay nada que pueda desviarme de la revelación que tuve hace seis meses.

Fue en un día aparentemente normal, cuando al prender la radio por la mañana, escuché el aviso de la rifa. En él no aparecía nada que no hubiese oído antes, pero el impulso de aquella voz me insufló el grandioso destino del cual ya no puedo desprenderme. Apenas salí a la calle, me encontré con un vendedor ambulante que vocaba la misma rifa; no le fue necesario ofrecerme un número, me lancé sobre la mesita, temiendo que otra persona